

V. SUMA CUBIERTA CON LOS COSTOS DE LA COBRANZA O EL HONORARIO DE UN APODERADO, EN CASO DE QUE NO SE HAGA EL PAGO EN EL TIEMPO DEBIDO. (Art. 3, Nº 5 de la LIN).

Si la tarea del intérprete es hallarle una explicación lógica a las disposiciones legislativas, ¿cuál ha de ser nuestra actitud si una gran parte de la doctrina aboga por la idea de que el presente numeral resulta, en el mejor de los casos, paradójico e incluso ilícito; y otra parte, no pequeña, silencia el punto?

Este supuesto sería objeto de un nuevo artículo.

Bogotá, mayo 30 de 1969.



Poesía

NOCTURNO DEL LIBERTADOR

¿De qué raíz remota sube hasta mí tu nombre,
Padre inmortal, y se hace llama viva en los labios,
temblor en la pausada corriente de las venas,
y relámpago raudo en las hondas pupilas?

¿Por qué, al través del tiempo, me persigue tu sombra,
como una tempestad suspendida en el aire,
y despierta en la sima de mi espíritu absorto
ese oscuro rumor de cegadas palabras?

Yo fui contigo, Padre, sobre el límite incierto
de los Andes, quebrados en tendida borrasca,
y escuché tu caballo golpeando los riscos
en un largo relincho de indolente fatiga.

Vi tu capa flotando en las ásperas crines,
y la rígida mano al bridón sofrenado,
caminando en espesos laberintos de sueño,
más allá, más allá, de la noche profunda.

Va corriendo tu gloria sobre mí como un río,
en el cauce nocturno de abismadas orillas,
con la sorda amargura de los ríos del mundo
que ya saben del mar y su trágico abismo.

Tu presencia vigila en mi sitio de angustia,
y me obsede el temblor de tu cruenta agonía,
y mi vida socavan tus palabras de muerte
con un golpe obstinado de cortantes aceros.

Te rodea mi voz en un cerco de lanzas
fieles, Padre inmortal, y en la noche de yelo
y hoscas nubes, golpeo sobre piedras de asombro,
en atónitas líneas tu perfil absoluto.

Voy como un hombre ciego caminando en tu gloria,
sin lograr conducirme por sus altas fronteras,
y en el vasto desierto del ayer adivino
soterrado correr de lágrimas y sangre.

Un silencio de musgo cubre sueños ausentes,
y en la pálida luz de niebla y de ceniza,
nunca acaba tu sombra de pesar, como un cielo
que hasta el alba esperan desvelados cóndores.

El cautivo silencio de tus pueblos sin rumbo,
en el campo marchito de plegadas banderas,
camina sin la firme dureza de tu mano,
torvo bajo las alas de enemigos augurios.

Dales, Padre, la voz de los hechos insignes,
devuélveles el fuego de la sacra armonía,
llévalos a beber de la sangre fecunda,
como ardido tropel en la grávida selva.

Te ciñé un manso diálogo de estrellas y de árboles
esta noche; y presiento que en la sombra caminas:
ágil metal los ojos, arco voraz el labio,
lento el paso de hombre seguro de su ruta.

En tus ojos descubro la mirada que ordena
el acto, como ordena relámpagos el rayo.
En tu vida descifro signos de agria venganza.
Y comprendo el adusto corazón de los héroes.

Asombrado me acojo al ejemplo severo
de tu vida, y ya sé la lección de tu fuerza;
en tu llama se templan los aceros exactos,
y es tu voz la consigna de los rudos combates.

Fui soldado en las filas de tu ilustre derrota,
mejor fuera la vida si a tu lado viviera
la tristeza viril de los días sin lucha,
y el altivo desdén de los triunfos falaces.

Otra vez suena el golpe de los bronces ardientes,
otra vez se amotina la encrespada borrasca,
otra vez bajo el cielo, de agrio plomo y de fuego
brilla el seco temblor de tu bosque de sables.

Yo te espero en el filo de la noche sin alba,
y adivino el seguro trajinar de tu paso;
déjame ir en la escolta de tu nombre glorioso,
y alistarme en el trémulo escuadrón de tu muerte.

Cada noche te mueres en la noche de América,
sobre un mapa de cumbres y volcanes extintos,
y la tierra desgarras sus entrañas terribles
esperando la fría caricia de tu cuerpo.

Corre el vértigo azul de los ríos sin nombre,
y fulgura el incendio de las bestias fugaces,
duerme su duro sueño de metales la selva,
sueñan nidos secretos de palomas y águilas.

Abre la tierra nueva su ancha vena de aceite,
el trópico navega en escuadras de aromas,
te espera un raudo mundo de plumas y de garras,
pero tú no regresas de tu amargo destierro.

Y no sabe ya el hombre de tu olímpica angustia,
ni conoce las arduas madrugadas de guerra,
ni ve el recto silencio de la atenta vigilia,
bajo el tácito vuelo de la capa insurgente.

Cada noche estás solo en la noche de América,
solo con la secreta soledad de tu vida,
solitario en la noche de tu propia grandeza,
en la noche y terrible soledad de tu gloria.

Tu soledad de hombre sin amor vigilante,
exilado en el tedio de aterido silencio,
hecho duro en los acres insomnios de la ausencia,
sin voz de abril que encienda los jardines del alba.

Soledad de varón asomado al abismo
cuando ciega la sangre su caudal fatigado,
y se cubren las sienes en la mustia caricia
de ceniza, y los labios de extraviados acentos.

Soledad sobre todos los caminos del mundo,
capitán de su alma, sin bandera, ni estrella,
caminante sin voces en la lívida aurora,
y viajero sin luz en la noche perdida.

Soledad en la loca llamarada del triunfo,
y en círculo grácil de las leves doncellas,
soledad en la cumbre cuando el sol de la gloria
era un dócil lebrel a su flanco de héroe.

Soledad del guerrero en su cerco de yertas
espadas, rojos soles, y punzantes laureles;
solitaria soberbia de los finos silencios,
y veraz soledad del dolor impasible.

Soledad en la noche de las gélidas máscaras
—caminaban los astros sobre órbitas de odio—
cuando oíste en la sombra, Padre solo y terrible,
el liviano rumor de los pasos traidores.

Soledad de tu voz, soledad de tu grito,
soledad de tu acero persiguiendo la noche,
soledad en el cerco de los brazos amantes,
desertor solitario de tu propia esperanza.

Y la adusta, y la sobria, soledad de tu muerte,
sin el fácil sudario de las lágrimas fieles;
dura muerte de héroe, que pulió para el tiempo,
en el tránsito fuerte, su perfil solitario.

Esta noche camino, bordeando la cima,
donde el signo fatal de tu nombre se oculta,
y estoy casi en tu gloria, como el náufrago ciego
en el lóbrego mar de ululantes tormentas.

No ha nacido el que pueda acercarse tranquilo
al tremendo silencio de tu muerte. La sangre
mana aún de las hondas heridas de la tierra,
siete veces esclava por haberte negado.

¿Quién te puso en los labios ese rictus inerte
de cansancio, y el ceño vengador de dios triste?
¡César! ¡Más alto César! inclinado en la tierra
el extático acero y los ojos vencidos.

Padre, dios de la guerra sin perdón, esta noche
interpreto el excelso sentido de tu norma:
la belleza es el orden, el orden la belleza.
¡Oh todopoderoso del amor y la muerte!

Fuiste el hombre total: uno en la ardua elegancia
del varón, en la gracia de los lánguidos gestos;
en el cierto poder del orgullo tremante,
y en la rauda ambición, y en la fuerte violencia.

Supiste el doble acento de las áureas palabras,
ritmo de arrullo y garra para el cálido instante,
la mujer y la espada tuvieron en tus manos
una idéntica y pura desnudez temblorosa.

Impusiste el prestigio de tu erecto linaje
en el círculo estéril de embrujadas envidias;
un pavor de eunucos rodeaba la estancia
donde abrías la flor de tu mágico hechizo.

No hubo jardín sellado para tí; ni escondida
belleza; ni doliente sigilo de sollozos:
el carro de tu amor, de llamas y de sangre,
cruzó por azorados caminos de palomas.

Avidas manos para los sumisos plumajes,
amoroso argonauta de gozosas comarcas,
navegante nocturno de hemisferios ocultos,
conquistador de suaves tierras de ébano y rosa.

Varón de dulce fuerza, dueño del mar ardiente,
donde se abren las islas de los senos desnudos,
y se arremansa en golfos de sedoso misterio
la templada colina de los flancos rendidos.

Más alto entre la humana desnudez, más glorioso
en la limpia belleza de tu vida inexhausta:
el sepulcro que guardan puritanos silencios
es inútil clausura a tu fuerza de hombre.

Nunca tuvo la vida meridiano tan alto
como fue el meridiano de tu vida perfecta:
plenitud del amor, plenitud de la gloria,
plenitud del dolor, plenitud de la muerte.

Esta noche he subido, por escalas de sueño,
tembloroso de abismo, entre cierzos y nieblas,
hasta el alto recinto, donde vive en los siglos
y los siglos, la inmensa soledad de tu gloria.

Y te he visto pasar, y en la noche se agita
el ferrado temblor de las claras espuelas,
y hay un sordo relincho de caballos en fuga,
¡y estás tú, Padre solo, en la noche de América!

JOSE UMAÑA BERNAL



LA UNICA VERDAD

Ando libre de pena y de alegría.
Un hueco de silencio por almohada,
una cuota de cielo limitada,
muy parecida a la monotonía...

Decapité la fe, la profecía
de la ventura eterna, la frustrada
rosa de amor en beso amortajada.
Y en mi costumbre de melancolía,

una herida sin tiempo y sin olvido
reabre en desamparo la ironía
de un júbilo ganado y ya perdido.

Y ¿dónde aquella sed que renacía,
y la dicha inocente y sin sentido?
... Sólo es verdad que moriré algún día.

DORA ISELLA RUSSELL

Montevideo, 1969.

Derecho

EL OBJETO SOCIAL EN LAS SOCIEDADES FILIALES

Por Marco F. Moyano F.

Una de las tesis más debatidas en el Derecho Mercantil y uno de los temas que en dicha rama revisten aspectos quizá más complejos e intrincados, es la figura jurídica de las sociedades denominadas filiales, y cuándo estas pueden reputarse como tales, en relación con las comúnmente llamadas matrices, de las cuales tienen aquellas innegable dependencia.

De esta íntima e inmediata relación que guardan las unas respecto de las otras, aflora espontáneamente la cuestión consistente en saber cuándo una sociedad comercial puede decirse filial de otra.

El criterio seguido uniformemente, por así decirlo, por los tratadistas al respecto, radica en el hecho de que, aun siendo ambas diferentes en apariencia, jurídicamente independientes entre sí, mantienen sin embargo vinculaciones tan estrechas y vigorosas que, en la mayoría de los casos, no podría del todo ponerse en tela de juicio cierta subordinación y dependencia predicable de la filial, respecto de la sociedad matriz o principal. De esta opinión participa el autor Maurice Gégout, en su ensayo intitolado "Filiales et Groupements de Sociétés".

De tal estudio se llega a inferir que deben concurrir al efecto dos elementos primordiales para que haya sociedad filial, a saber: a) Que existan realmente dos sociedades con personería jurídica diferente, a pesar de su aparente independencia entre sí; y b) Que la sociedad filial esté subordinada, en cierto modo y en forma palpable, a la matriz.

El primer elemento se configura ostensiblemente siempre que una sociedad ha sido constituída con intervención de otra o por personas naturales, y en ese evento es claramente aplicable el principio contenido en el artículo 2.070 de nuestro Código Civil, cuando afirma que toda compañía "forma una persona distinta de los socios individualmente considerados".

El segundo elemento, o sea el de la subordinación de la filial, en relación con la que le dio origen, puede revestir diversas modalidades y grados diferentes, al decir del tratadista español Joaquín Garrigues, en su "Tratado de Derecho Mercantil", cuando sostiene que el influjo que una sociedad ejerce sobre otra a través de la adquisición de sus acciones, tiene grados distintos, en armonía con el número de acciones poseídas. "Para tener el dominio de una sociedad anónima —continúa diciendo